

Maravall en la historia de la idea de progreso*

Lo primero que salta a la vista en el estudio de la historia de la idea de progreso, extensa y valiosísima, es que los mismos autores que ayudan a establecer el nacimiento y desarrollo de esta idea pueden servir también en un ingrato juego de ambivalencias para establecer la noción de ruptura de la misma idea. Y que en ocasiones quizá demasiado frecuentes, según personalismos y condicionantes propios de toda demostración de tesis, la ambivalencia queda soslayada en aras de un deliberado rechazo de la ambigüedad, que no ayuda, precisamente, a la construcción sin fisuras de la idea histórica que se pretende demostrar.

La idea de progreso depende a veces más de un artículo de fe, como ya estipuló razonablemente Bury, que de un indiscutible rigorismo historiográfico objetivo, el cual no deja de estar sometido a la influencia que generan determinadas actitudes previas —religiosas, políticas, científicas— y a la luz del tiempo en que se vive (como parece lógico por demás), ya que no es lo mismo la aproximación a la historia de la idea de progreso desde la perspectiva de un tiempo sano, apacible, próspero, optimista (se dice que lo hubo alguna vez), que a partir de la amargura de una posguerra o frente a un futuro amenazado por el desequilibrio ecológico y el armamento nuclear.

Flagelos siempre ha soportado la humanidad —hambrunas, guerras, epidemias—, pero ninguno de ellos cuestionó de manera tan dramática la existencia de la propia humanidad como los elementos posibilitadores que ahora andan en juego al cabo de una larga y laboriosa gestación presidida por el imperio del raciocinio y el enorgullecimiento científico, jalonados de éxitos sobre los que el presente ha empezado a exhibir serias dudas.

Si la misma o similar bibliografía que ayuda a la construcción de la idea de progreso sirve eventualmente para aderezar una idea de no progreso, quiere esto decir que el progreso tanto tiene acérrimos defensores como fanáticos enemigos. El conflicto sólo podría quedar resuelto a través del ejercicio de fórmulas matemáticas o de una «objetividad pura» científica aplicados no a la idea de progreso, sino al progreso mismo, lo cual es evidentemente imposible y deja abierta la posibilidad de toda clase de pronunciamientos.

* Fragmento documental del libro inédito *La enfermedad del progreso*.

Bury atribuyó la idea de progreso a la misma clase de ideas que rigen la providencia o la inmortalidad personal, pero Adrian Berry, un destacado futurólogo, dijo, por ejemplo, que aunque deseáramos parar todo crecimiento, como aconsejan algunos ambientalistas, «no habría nada a donde volver, si no es a la pobreza, a las enfermedades y a la mugre urbana»¹.

En realidad, la palabra progreso, originada del latín, no significa más que la acción de ir hacia adelante. En principio, ir hacia adelante es una acción neutra y lo mismo se puede ir hacia adelante en orden a la mejora de las condiciones de vida que en orden a la consunción universal. También se puede ir a la deriva, en virtud de un imperativo biológico o de la inercia más subyugante.

El tiempo, versificado por Quevedo, «ni vuelve ni tropieza», siempre que nos refiramos al tiempo que sufre el ser humano, ya que con el tiempo ajeno a la medida de la naturaleza humana no se sabe bien qué pasa, si es lineal, circular o retrovirado. En sentido gramatical estricto, es legítimo decir que la humanidad progresa hacia el «bien», hacia el «mal» o que progresa hacia la nada. También puede progresar hacia una mezcla de todos los elementos. No hay que anticiparse gran cosa para pensar que esto es lo más verosímil.

Sin embargo, la exprimida palabra ha venido hinchándose con una serie de connotaciones especiales que la identifican en su otro sentido lato con la idea de avance, mejora y perfeccionamiento exclusivamente favorable a los deseos humanos, el progreso en el sentido de significar una trayectoria perfeccionista de la Historia que genera cada vez más firmemente el mejor conocimiento de los sistemas y de las técnicas con los que el hombre ha de resolver sus conflictos, los de la propia naturaleza y los del entorno, rumbo a la sabiduría, la paz, el placer y la resolución de los enigmas.

Por muy variados caminos y a través de toda clase de planteamientos siempre se desemboca en la misma interrogante del progreso, esto es, en la imperiosa necesidad de saber si los problemas que nos aquejan y la misteriosa concreción de la vida se debaten en una ominosa gratuidad, bajo leyes causales ajenas a toda meta precisa y exclusivamente humana o, por el contrario y como resultaría tan gratificante y glorificador, hay probadas razones para poder aceptar que existe una trayectoria de cambio, mejora y perfeccionamiento destinada a justificar esa «finalidad de la existencia» a la que se refirió Dostoievski y subrayó Wittgenstein.

Con la idea de progreso podría incluso ocurrir lo que ocurre con la sobada y excepcional frase de Protágoras que, aun no siendo el hombre la medida de todas las cosas, se ve obligado a actuar y comportarse como si realmente fuera la medida de todas las cosas, con las grandes contradicciones desgarradas que esto comporta y que, traducidas a la terminología del progreso, querrían decir que éste es una atroz mentira de la que bajo ningún concepto se puede prescindir, algo así como la idea moralizante que proviene de la presunción de Dios y de las religiones en general.

La moral como norma superior de convivencia. El progreso como utopía contra la disgregación y la locura de la ausencia de futuro.

Íntimamente ligado a los conceptos de civilización y cultura, aunque con matices propios, el sentido del progreso es —con palabras identificadoras de uso convencional— anticonservador (obviamente), liberal, racional, cientificista, autosuficiente y esperanzado

¹ Adrian Berry, Los próximos diez mil años. Alianza Ed., Madrid, 1977.

por vía técnica, utilitaria y realista, no religiosa (aunque esto representa motivo de seria polémica en casi todas las últimas incorporaciones al concepto, es decir, el grado de participación en el desarrollo de la idea de progreso de las creencias que tienen por fundamento la doctrina de la providencia divina y la ultraterrenalidad, una polémica que raya en el absurdo, como veremos), y se opone, obviamente también, al estancamiento, el reaccionarismo, las supersticiones, la desigualdad social y lo ineluctable.

En teoría, la del progreso es la única fe decente, y todo lo que no caiga dentro de la hermosa fe progresista se parece demasiado y con desesperanza a la falta de libertad y justicia, a la miseria social y al descenso de la calidad de vida. En la práctica resulta más complejo.

Con carácter específico, sistemático e historiográfico, o de manera sesgada y terminología variable, la preocupación por el progreso, la mejora de hábitos y las ventajas y placeres que ello comporta afectan a una proporción elevadísima de estudiosos, tanto filósofos, sociólogos y antropólogos como economistas, psiquiatras y ecólogos, y puede decirse que el estudio del progreso, bajo diversas designaciones, es consustancial a cualquier planteamiento que trate de actuar sobre los problemas del hombre consigo mismo, con los demás y con la naturaleza.

«Durante unos tres mil años —escribió Nisbet— no ha habido en Occidente idea más importante, y ni siquiera quizá tan importante, como la idea de progreso.» En nuestros medios, el historiador J. A. Maravall estimó que «plantear un trabajo historiográfico sobre la formación de la idea de progreso, sobre sus orígenes y formulaciones doctrinales, es servir una exigencia de nuestra época». A Nisbet y Maravall les precedió Bury al afirmar que «el progreso terrestre de la humanidad constituye la cuestión central a la que se subordinan siempre todas las teorías y movimientos de carácter social».

Bury, Maravall y Nisbet, entre otros muchos, son historiadores sistemáticos de la idea de progreso y, salvo matizaciones particulares e incorporación de otros puntos de vista, suministran los datos esenciales para obtener instrumentalmente un esquema válido de su desarrollo, esquema indispensable para cualesquiera otras consideraciones críticas. Los mencionados autores, contemporáneos del siglo XX pero pertenecientes a distintas épocas y nacionalidades, acumulan centenares de páginas en el tema del análisis. Por encima de tautologías, inevitables dada la unanimidad de intención, y las consiguientes disensiones, tales páginas son complementarias entre sí y dan una imagen totalizadora de utilidad máxima. Conviene asumirlas.

El peso del racionalismo

El historiador irlandés John Bagnell Bury publicó su obra en 1920², con dedicatoria especial a Saint-Pierre, Condorcet, Comte, Spencer «y otros optimistas».

La atmósfera propicia para la gestación plena de la idea de progreso no se produjo hasta el siglo XVI. Si bien la concepción general de la filosofía griega era la de estar viviendo un proceso degenerativo, no pudo escapar a su lucidez el signo de que la civilización humana comportaba crecimiento progresivo y se había avanzado penosamente a partir de

² John Bagnell Bury, *La idea de progreso*. Alianza Ed., Madrid, 1971.